

MÍNIMAL BARROCO de Juan Castillo.

Indagación sobre las ciudades Auckland, Estocolmo, Fuerteventura y Santiago interrogadas por el arte. Registro de videos donde los habitantes de sectores marginales de la ciudad respondieron a la pregunta ¿Qué es arte para ti?, Proyección de esos videos, en una galería, sobre paneles en que están dibujados los rostros de los entrevistados, apenas visibles, con te.

Fernando Balcells

Santiago diciembre 2008

Mínimo

En lo mínimo, convivir es crear lazos imaginarios y lugares comunes. En lo mínimo, vivir significa dejarse implicar en las pasiones, las malas razones y las obsesiones que son los artefactos de la convivencia.

Lo mínimo es el vínculo.

En la cercanía indecisa de un encuentro, el roce insignificante de otro cuerpo nos retira del sopor anestésico y si somos afortunados, nos permite el hallazgo de un rostro, de una idea o de un afecto. Lo mínimo es el otro que nos visita y nos altera. El extraño que recibimos y que nos acoge por un instante o durablemente. Alguno que se ofrece a la experiencia de una resonancia o un temblor que nos sacude del letargo, cambiándonos sutilmente o desgarrados, sin pensarlo, para siempre.

Tanto en lo mínimo como en sus pliegues, hay valores y dolores de los que la economía nada sabe.

Transporte Público

Un camión recorre la ciudad desde el atardecer hasta el final horario del día. Su trayecto ocurre para los retrasados, en la hora de las miradas automáticas, entre los que dormitan y los que vigilan, entre los que vuelven a casa y los que no verán la luz del día.

Algo extraño estimula a la vista si vemos un camión con una pantalla enorme en la que una cara hace la mímica del habla. La obra no es la imagen, no es el objeto ni es el relato. Lo que obra es el destello de un encuentro. Lo que la obra hace es servir de medio de transporte a transferencias imaginarias, racionales y sensoriales, a experiencias suspendidas en la memoria y trabajadas. La obra es un vehículo para

historias que fluyen de ida y vuelta, sin más dirección precisa que la energía perturbadora de lo que en esas imágenes pide asilarse en la mirada.

La obra son cables de luz tendidos para sobreponerse al espacio amorfo y solitario.

Rostros viajando en la intemperie.

Esos rostros paseados en gloria y majestad son la antítesis del transporte público. Desplazándose a medias entre el arte y la ciudad, son como el ángel de Benjamín, que avanza retrocediendo, succionado por una fuerza inmovible, mirando espantado y abandonando ante sus ojos las ruinas de su progreso.

Los ángeles son presencias mudas y elocuentes portadoras del mandato de la ley. Participan desde siempre en el contrato social en su calidad de mensajeros de la más alta autoridad. Del mismo modo, el mendigo participa en la ficción social de una reciprocidad acotada que intercambia caridad por aceptación y pasividad. Los rostros iluminados que nos envía Juan Castillo, en cambio, se ofrecen a la mirada pero no garantizan nada, no entran en contratos pero se abren a todos los encuentros y sus voces inaudibles, sin decir más, solo hablan para testimoniar de los impulsos que mueven su cara.

Nuestros visitantes no parecen divinidades sino más bien turistas de clase media, conmocionados por la visión de ser vistos y forzados por la interrogación de la ciudad que los contempla. Esos rostros son depositarios de una mirada que se sabe observada, a la vez inocente y locuaz, tocada por el pudor, poseída de su misión, contenida y persistente, pero cada vez, expresiva de un carácter singular.

Voces que golpean contra el cemento.

Aunque nadie los viera y pasaran ante el público sin suscitar una sola mirada, esos rostros en tránsito y que recitan una respuesta inaudible, una sonoridad secreta o acallada, esas bocas que se mueven apenas entre las luces, son una radiante insinuación de la vida que habita en las calles de la ciudad.

Son imágenes sin mensaje.

Mientras ellos paseen su idioma incomprensible y su mirada anhelante no hay forma de cerrar un relato de la ciudad. No hay forma de cerrar el negocio. Su ofrenda, su trabajo en el arte, es mantener abierto el lenguaje y el azar para la proliferación imprevisible de lo vivo y la afirmación de su irreductibilidad al disciplinamiento de los cuerpos por el habla intercambiable de las técnicas de autoridad.

Retratos hablados en la ciudad.

Un camión recorre la ciudad desde el atardecer hasta el final horario del día.

En el traslado de su cargamento imaginario se produce una transferencia de flujos entre el arte y la ciudad. Lo que ocurre es un encuentro perfecto entre la contabilidad y la desmedida.

La ciudad, en el lado de la desmesura tecnocrática. En la elaboración de un plan de transporte, la emoción de la cifra, pasa por mover enormes masas de gente según las determinaciones de la economía y de la ingeniería. La eficiencia resulta de la capacidad de un sinfín de contenedores de cuerpos para moverse sin sobresaltos en una trama infernal de aceleraciones y detenciones a prueba de incidentes. En su tránsito, el sistema circulatorio digiere las particularidades de los viajeros como índices y testimonios funcionales a la decoración de una estadística increíblemente poderosa, incompetente y éticamente grosera.

En el lado del arte, el cálculo lujoso de la obra en su uso del tiempo; astuto en la ocupación de la luz y minucioso en la descomposición del espacio y en la planeación del trayecto -artificio de camionero-. El traslado de un cuerpo lumínico ingrátido va a contramano del gesto esencial del transporte público y su dispositivo de hacer masa, adormilar al viajero y consumir los arrebatos de sus singularidades. En estos camiones encendidos un rostro particular atasca el mecanismo de homogenización y devuelve su deferencia al sistema de tránsito, enviando una imagen impropia a vagar por la ciudad.

Un paseo por el infierno.

Que las micros son cárceles se desmiente en el fragor de la subida y se demuestra en la impaciencia de la bajada, en el temor a cruzar las miradas, en la bajeza de los apremios, en las estrategias defensivas y en el anhelo de escapar dormidos. El sistema se ha perfeccionado hasta el punto en que la alienación es deseada, valorada y pagada en efectivo.

En las paradojas tecnocráticas de los constructores de nuestra ciudad se requiere que inmensas cantidades de población sedentaria se transformen en nómades forzados y tengan que ser evacuadas diariamente de sus hogares y devueltos a ellos descargados de sus energías vitales.

Masas hacinadas se encuentran en las calles sin que jamás se les haya aclarado el sentido circular, cotidiano y eterno de su destierro. En el regreso, se cobijan en sucedáneos faranduleros del mundo que parecen conservar una vieja memoria de vivacidad.

De pronto, lo visible no ofrece nada.

En esos viajes, la mirada se va haciendo cada vez más distraída, indiferente y elusiva. Los cuerpos se cierran sobre si mismos, protegiéndose como en una batalla y clavando los ojos en las rodillas. A veces, se abren apenas para entregarse a la solidaridad en la desgracia. Para estos pasajeros es menos importante saber quienes son, que saber

donde están parados, quienes están a su lado y ante qué autoridades podrán declamar sus pesares.

Tal vez no lo noten, pero ni el chofer ni su copiloto responden de nada; por sobre ellos no hay nadie y entre ellos no hay nada.

Exilios

Entre los desterrados del lenguaje está el porvenir del arte. Expulsados y condenados a vagar entre extraños por territorios ignorados, exhiben su incompetencia y sus ruinas abiertas en la necesidad de dejarse ocupar por nuevas imágenes, nuevas miradas, nuevos lazos y lenguajes que no han sido inventados.

El exiliado se pasea por los restos de su discurso en una angustiada desesperanza expresiva que disuelve su ciencia, su saber y su tiempo en una oscura pasión literaria.

Tres son las opciones que se le abren; encerrarse en la complacencia lastimera, disimularse como converso, como el aprendiz más ortodoxo o como innovador tecnológico guarecido en la corriente principal de la ideología dominante. O puede arrojarle hacia delante, en una fuga creativa, vertiginosa y obsesiva, en el abismo de los medios perdidos y entregarse a las argucias marginales de una soledad compartida. Sólo en ese estrecho avispero, el exiliado se encuentra con el arte y el arte se encuentra con la vida.

Hay múltiples urgencias en la vida.

Las que piden de comer y las que piden decoro. Hay las que piden instantaneidad y las que piden deferencia. Están las exigencias académicas, los apuros económicos y las ausencias que se ofrecen, abiertas y vulnerables al que quiera tomarlas y habitarlas.

Hay visitas que son cuerpos con urgencias irrestrictas y que repiten invariablemente sus impostergables necesidades expresivas y su exigencia de acogida. Hay velocidades aceleradas y cuerpos capturados en espacios cada vez más exigüos y segregados. Lo que la obra hace, es quebrar la legalidad del tiempo institucional respondiendo a la presencia del extranjero y acogiéndolo en su cadencia propia. La urgencia ética que marca la época, proviene de la sobreabundancia de los encuentros en espacios cada vez más abreviados.

Hacer circular estos retratos es un abuso a la confianza del sistema, una trampa en el juego, un acto de corrupción de los espacios institucionales del arte y de la ciudad; una avivada del porvenir, en la que se fundan la creatividad y el arte como apasionamiento del buen vivir.

El tiempo, la basura, el reciclado y los detalles.

En la paradoja de los avaros, el tiempo en su escasez, ha pasado a liderar la generación de desperdicios. Time is Money, pero a mayor cantidad de tiempo convertida en dinero menos tiempo disponible y menos valor circulando en la economía. La economía genera su propia escasez para beneficio de su discurso autoritario. Por otro lado, menos tiempo es la suerte de los literatos; es incremento de los descartes en los hechos, en los relatos y en las vidas que son los materiales recuperados por el arte.

La realidad se hace presente a golpes. De manera irrefutable se impone allí donde ignorarla tuvo costos traumáticos. La realidad es paciente y es astuta y el arte sólo imita su gesto en el reciclaje y la circulación de los residuos y los restos.

La única realidad es endemoniada, es contaminante y se esconde en los olvidos y en los detalles. La actual importancia económica del detalle es producto de la masiva simplificación del mundo por la cuantificación y la medida, en defensa del centécimo. Debemos agradecer a los excesos del orden por la irrupción masiva de deshechos, puntos ciegos, ruidos irrelevantes, cantidades despreciables, accidentes, imprevisiones e incertidumbres que funcionan como espantapájaros, en el primer plano de la actualidad.

En el giro del arte, un destello en el alumbrado, un engranaje agripado, un taco bíblico en la carretera, una corriente polar o una ola de indignación, un acontecimiento cualquiera, un rostro ante tus ojos, un camión paseando a un ángel, un encuentro inesperado en un cruce de calles o un manjar en el fondo de un basurero; en esos detalles se nos va la vida y se nos abre el apetito.

Traslados y transferencias.

¿A qué vuelve la que vuelve sino a corregirse a si misma y a reunir sus pedazos?

Ya no es al hogar. La micro es el lugar común de intimidad, la frontera intimidante, recorrida a diario para probar nuestra disposición entre la vida y el sueño. Es aquí donde se moldean las máscaras y donde algunos, que no pueden soportar una mirada, esconden el rostro y pierden la cara.

Lo extraño se anuncia de soslayo en estas apariciones motorizadas que nos ofrece JC. Un destello se asoma sin sentido y se aleja sin mensaje.

“Te devuelvo tu imagen” es el aliento que nos devuelve el alma al cuerpo.

Rastros

Rostros, figuras e imágenes son expresiones que pertenecen a las jergas gremiales de la estética, de la religión, de la policía o del psicoanálisis y que compiten en conjunto, en la carrera por la contención del cuerpo, a distancia prudente de otros

cuerpos. Se busca encarnar en ellos al observador distante e inmovible, que es el modelo común y necesario del gestor del saber y del pasajero de micro.

Sin embargo. En el desvío de la mirada hacia el destalle, en la vacilación del párpado y en el giro del cuello, en el pequeño disgusto de no entender lo que esa voz declama, en ese vértigo nanométrico en el que el cuerpo se desarma y la mente se acepta perpleja, en ese momento repetido y repetidamente oprimido, ahí, en la experiencia cómplice del paradero se puede asegurar finalmente que has estado vivo.

¿Qué es arte?

(Cuatro insinuaciones abiertas y una pregunta al público).

1.- La pregunta de Juan Castillo está dirigida a separar en el arte, su impulso, su vocación y su aliento, de la institución que lo protege, lo hace circular y lo esteriliza.

2.- En la actualidad, el gesto conceptual necesario en el arte es entrar a picar y a reensamblar. Ni más ni menos sino todo a la vez, bajo la picota de una mirada acogedora, crítica, disruptiva y negociadora.

3.- En su tradición revolucionaria, la palabra arte todavía parece guardar la fuerza de nuestros amores y los trabajos necesarios para hacerse de una vida.

4.- En su actualidad tecnológica, arte es lo que opone a la voracidad de la obsolescencia, la urgencia atemporal de lo que vuelve y encuentra su hogar destruido.

¿Tiene sentido todavía invocar al arte?

¿Qué es arte? ¡Urbanidad!

Aquí no hay adorno posible y la pregunta sobre el arte se devuelve a la urbe y de la urbe al arte dividiéndolo en las innumerables ciudades que proyecta, que insinúa y que construye efectivamente. Ciudades entre tres, ciudades solitarias, ciudades a escuchar, ciudades sin barrer, ciudades que dan la espalda a la montaña, ríos de sudor, ciudades recuperadas por la hierba y ciudades de Dios. Ciudades en busca de redención y ciudades en busca de calor. Ciudades sometidas, seducidas, manchadas y blanqueadas. Ciudades elevadas a su máxima potencia. Ciudades que gritan en secreto, enterradas bajo ciudades sin voz. Ciudades centradas y ciudades de barrio.

El arte es un asunto de la (razón) práctica.

La urgencia de la respuesta a las demandas del otro no es un asunto exclusivamente ético, es funcional y es económico. Y ante las exigencias de funcionalidad, cuando el elástico ha llegado a su extrema rigidez, cuando la inercia no basta, cuando la elusión ya no opera, entonces, el trabajo del arte se abre camino por la vía de la finta y de la simulación o, por la vía alternativa de la provocación y de una reconfiguración de los afectos posibles. Ese reordenamiento de las jerarquías, de las cercanías, de la disposición y los merecimientos de las cosas y entre ellas, ese diagrama de reubicación

y desparramo del sujeto en su entorno; en la incorporación del entorno y del otro, hay un acto de apertura, de emprendimiento y de arrojo que todavía se reconoce en el nombre del arte.

Lo que se agita a la luz de esos rostros que pasan, es un viento interno que se traspasa entre la obra, el artista y los testigos. Lo que se da en la visita y la acogida de estos rostros, es el arte como multimedio de vida. Y como todo artista sabe, a lo más que puede aspirar en esta leyenda, es a ser el coanimador del espectáculo.

El arte se mide por los movimientos sociales que lo atraviesan.

En el arte, el habla está siempre partida. Dice lo que sucede en la piel expuesta al roce y lo que la lengua necesita para mantenerse activa. Hay un decir volcado a la intensidad de la sensación y un habla que busca a su tribu. Una confundida por el placer y una atenuada por el dolor. Hay un habla coral y armónica y hay disonancias. Hay intromisiones revulsivas y deseos de abrazarse.

Hay un habla inconfundible que proviene de multitudes de más de dos y que se manifiesta en un murmullo, una sonoridad ambiente que es producto del rebote de los ecos y de la resonancia que envuelve a los cuerpos, en un ritmo que interiorizan los que pertenecen al lugar. A veces una palabra se filtra, absurda y nítida para algunos.

El arte se prohíbe la indiferencia. Su compromiso se despliega con un punto oscuro que se puede percibir apenas en el brillo estridente de la ciudad. Con el penoso deambular de un rostro de fortuna, con el trabajoso cruce del cotidiano tecnificado y el pequeño acontecimiento de una boca modulando en el aire; este trabajo, obstruye la uniformidad y se levanta como un llamado a los que están atentos y tienen un rostro que enrostrar.

Barroco mestizo.

En la unidad entreverada del camión y de la calle, la incongruencia viene de la diferencia de las temporalidades. Ambos coexisten pero no son contemporáneos. La obra vuela sobre el tráfico remolón de estas calles.

Es necesario que esos camiones se estacionen y descarguen su energía en un espacio consagrado. Allí ante los fieles se encontrarán sus rostros, y sus idiomas se revelarán en su esencia, como exhalaciones, insinuaciones, que serán recibidas como noticias alentadoras desde algún confín del mundo.

(Babel no es el final de nada. Es el reconocimiento de la incomunicación y de los límites de la autoridad de las jergas técnicas. Babel es el nombre del comienzo del regreso a comunidades electivas y a vecindarios afectivos).

Los paraderos de estos camiones son también galerías de detenidos, recintos sonoros y tránsitos dolorosos, centros de transferencia de cargas, instituciones de clausura, espacios de liturgia y sólo a veces, lugares de contacto entre rostros animados.

Respirar en tu boca.

En la galería, las imágenes paseadas en triunfo discreto por la ciudad, son proyectadas sobre telones con sus rostros dibujados con te. Una imagen tenue y fija soportará todo el peso de la luz en movimiento. Por un instante ambas imágenes coincidirán y se fundirán en un calce exacto, una convergencia de las valencias tecnológicas, un abrazo pasajero que afirma la voluntad de tomar partido en la mirada.

En estos sitios, aspiraciones repartidas pasan a ser el fundamento de las solidaridades venideras. La compenetración de esas figuras encendidas y los lazos que establecen entre un público ardiente, es la materia que informa las complicidades anímicas que hacen una diferencia en la historia.

En este trabajo la galería coincide con la barricada.

En la galería en que se detienen los viajeros –de un modo razonadamente arbitrario– no hay más que una geometría mínima y cuerpos ondulantes, no hay reproducción, ni representación, ni reflejo, ni presencia, no hay discursos y sólo hay comparencias, escisiones y complicidades intensas. Hay encuentros y en los cruces hay afectos, apropiaciones, ruidos y ritmos divergentes, conversaciones y reverberaciones, miradas que se confrontan y siguen su viaje. Rostros que permanecen encendidos, recitando pero fugados del texto y apasionados en su insistencia, su estar ahí, con los suyos como en su casa.